

Lisardo Rubio Fernández*

(1915-2006)

Antonio FONTÁN PÉREZ
Ana MOURE CASAS

Universidad Complutense de Madrid

In memoriam

I

Natural de una pequeña localidad leonesa, de nombre Navaloya (1915), Lisardo Rubio Fernández, al terminar la guerra civil y acabar él su bachillerato, realizó entre 1940 y 1944 con brillantez la licenciatura de Filología Clásica en la Universidad de Salamanca. Antes había residido y estudiado durante algún tiempo en Francia. El profesor Antonio Tovar le animó a hacer el esfuerzo, grande en aquella época en que apenas si había becas y ayudas económicas públicas, de doctorarse en aquella Universidad. Su tesis fue filológica por sus fuentes e histórica, con interesantes componentes jurídicos, por su contenido principal. Trataba de los Balbos, tío y sobrino, que adquirieron la ciudadanía romana a instancias de Pompeyo, en el 72 a. C., quizá por influencia de uno de los Cornelios Léntulos del que tomaron ambos el *praenomen* y el *nomen* de Lucio Cornelio. Luego, cambiando de partido el mayor de los dos, fueron ambos partidarios de César y después de Octaviano. Estos adinerados hispanos alcanzaron gran influencia en Roma. La ciudadanía romana del mayor fue defendida con éxito por Cicerón, que menciona en varias ocasiones a estos Balbos de Gades en su correspondencia. Más tarde, en el 40 a. C., se convertiría en el primer cónsul de origen no romano. La importancia en la historia de Roma de este Balbo mayor ha sido considerada por Ronald Syme como un portento, «pero como un portento del futuro poder ... de los hispanos» en Roma. La tesis doctoral de Rubio estuvo construida con el rigor y la claridad que caracterizarían más tarde toda su bibliografía.

Ese trabajo, más bien extenso para lo que solían ser las tesis de nuestra especialidad entonces, se publicó en el prestigioso *Anuario de Historia del Derecho*.

La monografía sobre los Balbos fue el principio de una carrera académica y científica en el campo de la filología clásica, que ha durado más de medio siglo y ha dejado huella en nuestros estudios con sus libros y sus otras publicaciones de menor volumen, así como con su magisterio y sus discípulos. Con ese aire sencillito que no se daba importancia nunca, Rubio ha realizado estudios y trabajos de literatura y len-

* Se recogen las palabras pronunciadas por los autores en la sesión académica en memoria del profesor Lisardo Rubio que tuvo lugar el 23 de mayo de 2006 en la Fundación Pastor.

gua latinas, con frecuencia muy originales, que nadie había emprendido o ultimado nunca. Me refiero sobre todo al inventario de los manuscritos y a la aplicación de doctrinas estructuralistas a la sintaxis y a la estilística latinas llevados a cabo sin perder de vista la perspectiva histórica, obligada cuando el gramático se enfrenta con la documentación de una lengua como el latín antiguo.

Lisardo Rubio ha publicado también otros libros de literatura latina, a los que me referiré sucintamente un poco más adelante.

Antes quería distraer la atención de ustedes durante unos minutos para situar la personalidad humana y científica de Rubio en su generación, que es la mía aunque él tuviera unos años más, y en los estudios latinos de la época en España,

Lisardo Rubio y yo nos conocimos en los primeros días de octubre de 1949, al presentarnos los dos a las oposiciones a cátedra de Filología Latina de aquel año, en unión de otros diez o doce colegas más. Las anteriores habían sido en 1942. Las habían ganado don Antonio Tovar (Salamanca) y don Vicente Blanco, que fue destinado a Oviedo y después se trasladó a Zaragoza.

Nuestros competidores del 49 eran mayores que nosotros y habían estudiado la carrera bastantes años antes. Nosotros habíamos terminado la licenciatura en 1944, Rubio en Salamanca y yo en Madrid. Pertenecíamos a la misma generación universitaria y habíamos podido trabajar en las bibliotecas del Instituto Antonio de Nebrija de Madrid, yo, y él en la que estaba reconstruyendo en Salamanca el profesor Tovar. Habíamos leído los mismos libros y trabajábamos sobre las mismas ediciones de autores. Nuestros maestros, Vallejo y Pabón en Madrid y Tovar en Salamanca, nos habían abierto las puertas de las revistas y de la bibliografía internacional, y habíamos estudiado las lenguas en que estaban escritos sus artículos y los principales libros.

Las plazas que habían salido a oposición eran cuatro. A los dos se nos ocurrió enseguida que nosotros, que éramos los jóvenes y teníamos una formación profesional semejante, no teníamos que sentirnos competidores el uno con el otro y que incluso podíamos colaborar. Y así fue.

Los ejercicios de las oposiciones de entonces eran seis: currículum y memoria de la asignatura, lección magistral y otra –la del encierro–, los prácticos, que en el caso de las lenguas solían ser cuatro o cinco y un sexto final, para desarrollar por escrito y sin libros ni apuntes dos temas sacados a suerte del cuestionario que había preparado el tribunal. En nuestro caso fueron cuarenta o cincuenta. Rubio y yo, desde el día de la presentación, acordamos elaborarlos juntos, acudiendo a la asistencia de amigos y compañeros de Madrid y Salamanca, de materias o especialidades afines. Así preparamos dos copias de cada tema o guión y luego, por las tardes, los estudiábamos y discutíamos merendando en mi casa. Con ese trabajo se estableció una cierta complicidad entre nosotros. Pensábamos ambos que éramos no sólo más jóvenes sino más modernos que otros opositores, y podíamos salir catedráticos los dos. Y así fue.

Diversas circunstancias, entre ellas alguna tan imprevista e imprevisible como el fallecimiento en accidente de automóvil del presidente del tribunal, don Ángel González Palencia, que sabía latín pero era catedrático de árabe, además de académico de la Española, dieron lugar a que las oposiciones aquellas se alargaran más de lo habitual. Terminaron el 6 de diciembre de aquel año 49. Rubio, número uno, eligió

Barcelona y yo, número tres, Granada. Desde aquel encuentro de octubre de 1949 hasta el reciente fin de sus días, Rubio y yo hemos conservado la amistad que nació entonces. Los azares de la vida y los de la vida académica, que no suelen ser pocos, no crearon nunca distancias entre nosotros. No han faltado ocasiones de probarlo a lo largo de todo ese tiempo.

Yo he subido a esta tribuna para decir algo no sólo del Rubio amigo y compañero mío, sino del maestro de filología y lingüística que ha enriquecido la bibliografía española de los estudios clásicos con valiosas y novedosas aportaciones.

He mencionado antes su inventario de manuscritos y su peculiar «estructuralismo». Pero el profesor Rubio ha hecho más cosas en nuestras disciplinas.

Rubio ha estudiado y cultivado la literatura latina de época republicana con la mejor y más actualizada edición crítica de Terencio y con la más moderna traducción castellana de sus comedias. Los tres volúmenes de la edición de *Alma Mater* del Consejo de Investigaciones están precedidos de una amplia y muy al día exposición introductoria de casi un centenar de páginas, en las que se estudia el comediógrafo y el escritor, las ediciones y los manuscritos, los comentarios, la métrica y «Terencio en España» (códices medievales, ediciones, traducciones, etc). Rubio traduce a Terencio, como haría después a otros autores, en un castellano limpio y expresivo, a la vez fiel al original y moderno, redactado con la misma claridad que distingue todos sus escritos.

Otro autor presentado a los lectores españoles por Rubio ha sido, ya de época imperial, Apuleyo (*El asno de oro*, la única novela latina que se conserva entera), en la colección Gredos. Del estudio preliminar y de la traducción habría que decir lo mismo que del Terencio.

Querría centrarme en otras clases de trabajo en los que el profesor Rubio nos ha dejado una obra personal más novedosa, sin ánimo de agotar mis comentarios a su bibliografía.

Uno, primero, es la edición crítica de San Paciano, obispo de Barcelona, escritor eclesiástico relativamente menor, del siglo IV, al que en la catedral de su ciudad episcopal está dedicada una de las capillas. Rubio, que conocía bien el latín tardío y la literatura latina paleocristiana, quizá pensó que él, catedrático de Latín en Barcelona, tenía que ocuparse del más antiguo escritor de obra conocida, natural y vecino de la ciudad. La edición crítica de Rubio es un modelo de sobriedad, rigor y precisiones. No sé si Rubio, buen cristiano, se sintió alguna vez devoto del obispo. Pero pienso que el buen prelado desde los cielos habrá agradecido la atención y el trabajo que nuestro filólogo ha dedicado a sus escritos. Paciano, que no es muy original ni como teólogo ni como pensador, muy dependiente de la tradición paleocristiana latina de Tertuliano y Cipriano, era un escritor culto que conocía a Cicerón y también a Virgilio y Horacio y al que gustaban los juegos de palabras: *christianus mihi nomen est, catholicus vero cognomen*. El buen obispo de Barcelona vivió no se sabe cuantos años y murió antes del 392, y casi igual que Rubio con más de noventa años.

Hay dos líneas de trabajo de Rubio en las que él fue maestro e introductor de estudiosos españoles. Una estrictamente filológica, o más bien lingüística, y la otra científicamente bibliográfica.

Esta última es el inventario o *Catálogo* de los manuscritos de clásicos latinos en bibliotecas españolas. Comprende y describe setecientos treinta y cinco códices, que ha visto y examinado él personalmente, y que ha retenido amorosamente en sus manos, de los que da noticias acompañadas de la bibliografía (ediciones o estudios de la tradición de los autores cuyas obras reseña) y de las ediciones más modernas y aceptadas.

Este libro es un instrumento de trabajo utilísimo para los filólogos clásicos españoles, de los que no pocos se han beneficiado ya en sus ediciones y traducciones. Yo pienso que este libro de Rubio ha de ser también de gran utilidad para las investigaciones de autores y, quizá más aún, para la historia de las bibliotecas españolas, para llegar a saber cuáles fueron en los siglos XIV y XV los caminos por los que llegaron esos libros y autores a nuestro país, procedentes de Italia o Francia (varios, desde luego, vinieron vía Aviñón), aunque después esos fondos se enriquecieran con las adquisiciones de los enviados de Felipe II o con los que trajeron humanistas o mecenas del siglo XVI.

II

En los primeros años cincuenta del pasado siglo los estudios lingüísticos en España, igual que en otros países europeos, se vieron sacudidos por el vendaval estructuralista. Rubio no escapó de él, pero salió bien parado. Respecto de las lenguas clásicas los manuales y las escasas investigaciones que aquí se hacían seguían las corrientes de la lingüística histórica y comparativa. Los manuales más científicos y más modernos tenían ese mismo carácter. El *Curso* de Saussure y los *Grundzüge* de Trubetzkoi estaban en alguna de las bibliotecas universitarias. Nuestros maestros los conocían, aunque no les interesaran mucho ni creyeran de verdad en ellos. En las secciones de Letras de las Facultades se cursaba la Historia de la lengua. Era lo científico.

La Lingüística general empezó a ser objeto de la atención en nuestras Facultades en los últimos años cuarenta, con la creación de las primeras cátedras de Gramática General. Alarcos y Mariner dedicaron trabajos y libros a la fonología, inspirados, en última instancia, por la metodología de Trubetzkoi. Hay otros importantes trabajos de metodología estructuralista aplicada a las lenguas clásicas, alguno de cuyos autores está presente en este acto. Los gramáticos del español, como, por ejemplo, el profesor Emilio Alarcos, sí fueron pronto estructuralistas. También en nuestro país se publicaron investigaciones específicas de carácter estructuralista, principalmente en relación con los modos del verbo, y Ruipérez trabajó en estructuralista, sobre el griego. Pero en el campo de la sintaxis latina la principal obra española ha sido el libro de Rubio, modestamente llamado *Introducción a la sintaxis estructural del latín*. Esa obra, empezada a publicar en 1966 y prácticamente terminada en el 81, es una verdadera investigación original desde los puntos de vista doctrinal y metodológico.

La lengua, para Rubio, es un sistema de oposiciones. Con gran sentido, Rubio añadía a las dicotomías saussurianas algunas más tomadas de Tesnière, que fue fuente de algunas de sus más trascendentes inspiraciones estructurales, y otras formuladas por primera vez por él mismo. Así, la que opone el orden sintáctico al orden lineal, el sentido básico y el sentido contextual, la doble articulación del lenguaje desarrollada

por Martinet, la de las partes de la oración y las funciones sintácticas. En el orden de las transferencias –siempre sobre el carácter básico para el estudio de la lengua de los dos elementos del léxico y de la gramática–, las transferencias funcionales y las sintácticas, que le sirven de base para su interpretación de los casos latinos (unos son nombres y casos nominales y otros solamente casos nominales). Finalmente se reconocen, junto a los casos nominales, los casos no-nominales.

Una inspiración que le viene de Tesnière es la de la construcción de los «árboles sintácticos» para el análisis –análisis en sentido literal– de los textos, que le servirían de apoyo para su demostración de que en latín hay también un orden de palabras en la frase, que no está desfigurado por el llamado hipérbaton, que en realidad no lo rompe si uno se fija bien, porque también tiene sus reglas y sus límites.

También ofrece Rubio una manera original de acercarse al estudio de los modos del verbo latino. Es la distinción entre los modos y las modalidades. Lo primero es morfología. Por ejemplo, el subjuntivo tiene dos modos formales, potencial e irreal. En una frase con verbo subjuntivo pueden darse también dos modalidades distintas, lógica e impresiva. Así se descubren cuatro usos en el subjuntivo, que explican todo el juego que da de sí el modo verbal subjuntivo en la lengua latina.

La sintaxis de Rubio es igualmente original en el estudio de la subordinación, que para él «es un procedimiento sintáctico ... para trasponer predicaciones enteras, comparable a los procedimientos morfológicos como “amor”, “amar”, “amable”, “amablemente”». Es una transposición con indicios o marcas formales. Las conjunciones llamadas de subordinación estarían más cerca de las preposiciones que de las conjunciones de coordinación.

Los capítulos dedicados al «estilo indirecto», a la «atracción modal» y a la *consecutio temporum* resultan convincentes dentro de la metodología sintáctica de Rubio, aunque disuenen tanto de los habituales manuales de sintaxis histórica o comparativa.

Lo más llamativo e infrecuente es que todas estas novedades metodológicas y expositivas de Rubio van acompañadas de infinidad de textos de autores que dan la impresión de haber practicado la sintaxis estructural «lisardiana» como el señor Homais la prosa: sin saberlo. El gramático latino Rubio estaba muy bien documentado. Conocía toda la bibliografía usual, la había estudiado hasta aprendérsela, y luego pensaba por su cuenta y estaba perfectamente convencido de sus conclusiones.

Yo suelo insistir en que una de sus más sugerentes inspiraciones se le ocurrió, o llegó a ella, con el estudio y la lectura de Lucien Tesnière, que fue sin duda uno de sus autores de cabecera. Los *Éléments* tesnièranos del año 53 le habían seducido, si no lo había hecho antes el *Esquisse*. Yo creo ser testigo de ello. Recuerdo con gran viveza una larga conversación con él de hace algo más de cincuenta años, caminando por el Paseo de Recoletos, donde habíamos estado mirando libros en la tienda de entonces de Bucholz. Me interesó tanto que yo me apresuré a hacerme con un ejemplar del *Tesnière*, que ahora no sé donde estará. Los «árboles» del lingüista –eslavista– francés, le entusiasmaban y le gustaba que se llamara «actantes» a los sujetos de la frase igual que a otros elementos. También cultivó esa «arboricultura» analítica del lenguaje, que a él le sirvió mucho para explicar, entre otras cosas, el orden de las palabras en latín.

Yo he de confesar que la lectura de Rubio, igual que sus palabras en esa y en otras conversaciones profesionales, han sido base de mi admiración por su talento y su ciencia. Aunque, como él sabía muy bien, yo sin ser un «rotten Junggrammatiker» como decía Leumann de sí mismo, y sin creer en la vigencia de las ideas de esa escuela ni cuando empezó ni cuando terminó, tampoco me he convertido al estructuralismo, ni siquiera al de Rubio, que es el más filológico y con más sentido histórico que conozco. Los neogramáticos eran evolucionistas y mecanicistas. Muchos estructuralistas son igualmente mecanicistas (estímulo y respuesta). Rubio no. Pero yo pertenezco más bien a las escuelas lingüísticas histórico-culturales, desde las que tan bien se han conocido y estudiado las lenguas clásicas.

Antonio FONTÁN PÉREZ

III

El Profesor Lisardo Rubio

En estos minutos voy a recordar a uno de nuestros más queridos maestros, a D. Lisardo Rubio en su faceta de profesor. Porque Lisardo Rubio fue –lo digo porque en la sala parte del público no es latinista– Catedrático de Latín en la Universidad Complutense desde poco antes de la década de los 70 hasta el año 86. Fue compañero en el Departamento de Latín de Fontán, García Calvo, Mariner, Pariente y Ruiz de Elvira, y en el de Griego de Adrados, Gil, Lasso y Ruipérez. Y Rubio, que fue amigo de todos ellos, fue, además, un representante muy ilustre de aquella *aurea aetas magistrorum*.

Venía de Barcelona, pero procedía de Salamanca, de la escuela de Tovar, y aun que a Rubio le gustaba recordar que era discípulo de Tovar, también decía siempre que debía buena parte de su formación latina a sus años en Francia. Y seguramente de Francia le quedó impresa para siempre esa *netteté* que acompañó a su obra.

La primera vez que lo vi fue en una clase de Textos Latinos que él daba en 2º de Comunes. Entonces eran clases muy numerosas, de 150 alumnos o más. Cuando entré recuerdo que Rubio no estaba en la tarima. Estaba entre dos filas, apoyado, más que sentado, en el respaldo de uno de los pupitres de los alumnos con una edición de un autor latino doblada en una mano. Con la otra mano explicaba el texto y fumaba. Entonces fumábamos todos en todas partes. Pero a Rubio se le podía ver además por los pasillos preparando y liando sus cigarros.

Su manera de ser y su manera de estar en las clases era especial. Jamás tenía una actitud, digamos, profesoral. No se presentaba como un sabio. No iba a lucirse. Preguntaba la traducción a un alumno y se detenía muchas veces en los errores: por qué aquello estaba mal, o por qué, si se trataba de un acierto, podía estar seguro de que había traducido bien. Rubio estaba verdaderamente convencido de que los errores podían ser fuente de aciertos. Lo que dice en la *Introducción a la Sintaxis*, «nos complacemos en proclamar que hemos aprendido bastante de nuestros alumnos, cuyos

errores nos obligaron a realizar metódicamente un análisis demostrativo antes de ofrecerles la solución...», es lo que tantas veces le vimos hacer en clase.

Ya en la especialidad, Rubio explicaba Tácito y Catón. Traía siempre una edición crítica con traducción, o dos, una de ellas casi siempre la de Les Belles Lettres, y le gustaba confrontar las traducciones, cuando eran distintas, para explicar cuál creía él que era la acertada. Varios artículos que publicó Rubio, como el del estilo indirecto, oponiendo las traducciones de aquel parlamento de Afranio, y otros artículos desarrollando su primer trabajo del orden de palabras, eran una continuidad del mismo método que él practicaba en las clases.

La explicación del texto era fundamentalmente sintáctica. Quería que el alumno observase la estructura de la lengua en el latín y, para eso, insistía en que no había que ver el latín desde las categorías del castellano o de otra lengua –*sunt mihi pomae* quiere decir «hay manzanas para mí»; en latín *mihi* es un dativo con *sum*, con un verbo intransitivo y no es el OD que aparece en castellano al decir «tengo manzanas»–. El acercamiento al texto exigía una literalidad extrema como forma de análisis y exigía entender el valor de las oraciones, de los conectores de frase, partículas subordinantes y conjunciones, de los verbos y de los casos, buscando lo que tenían de valor unitario, pero sin descender al detalle de sus realizaciones contextuales más concretas: el dativo era dativo a secas y señalaba a la persona interesada; si era simpatético o ético, eso, en puro método estructuralista, era un detalle de muy poco interés. El comentario literario, histórico, las figuras estilísticas, las digresiones de *realia*, incluso el comentario del aparato crítico, a pesar de que Rubio sabía Crítica Textual como pocos, tenían un peso mucho menor comparativamente. Era la Sintaxis, sobre todo el orden de las palabras, lo prioritario –naturalmente, Rubio era un lingüista– y sólo al final, cuando traducía de corrido el capítulo, que además Rubio lo hacía declamando, casi de una manera teatral, era cuando en muy pocas pinceladas salía a relucir el estilo del autor: «Fíjense qué amplitud tiene este sujeto, qué falta de simetría con relación al predicado, qué caricatura acaba de hacer Tácito de la guardia pretoriana» –decía a propósito de ese capítulo de las Historias que empieza por *Miles urbanus*...–.

Rubio tuvo la suerte de explicar, de llevar a la docencia su investigación a lo largo de toda una asignatura como la Sintaxis Latina, que él tenía el privilegio de poder explicar en su práctica totalidad con ideas propias. Y, naturalmente, nosotros, sus alumnos de entonces, tuvimos la suerte de escucharlo. No era muy dado a citar muchas teorías anteriores. Apenas salían en la clase nombres propios de autores que sostuvieran teorías distintas o parecidas. Sin aparato erudito o con muy poco aparato erudito –tampoco lo hay en la *Introducción a la Sintaxis Estructural del Latín*– Rubio exponía las teorías y las conclusiones a las que había llegado. Se defendía si algún alumno que había recibido una formación distinta en la línea de la Sintaxis tradicional le preguntaba o trataba de rebatir algo. Pero no se dejaba enzarzar en discusiones largas; sencillamente exponía, pero no imponía, sus ideas.

La imagen que conservo de Rubio es la de un hombre de una pieza. No fue nunca una persona especialmente locuaz. Era de pocas palabras cuando se hablaba con él. Tenía las palabras justas para expresar afabilidad, para transmitir afecto a la persona.

Y en la obra de Rubio tampoco sobran las palabras. Al contrario, están tan justas y tan medidas que en aquellas oposiciones que tenían el ejercicio de la encerrona, no era ninguna suerte especial que a alguien le saliera un tema de los más característicos de Rubio. Todo el mundo había leído sus trabajos y los entendía. Y había la sensación general de que eran temas fáciles, porque estaban escritos con la claridad característica de Rubio; pero, cuando el opositor los tenía que exponer, era difícil que fuera capaz de mantener la claridad del texto escrito; generalmente los complicaba.

Rubio tenía una gran capacidad didáctica y, además, la cultivaba. No recuerdo haberle oído nunca contar un chiste ni hacer ninguna broma, ni en los pasillos de la Facultad ni en su seminario. Casi nunca pisaba el bar –era muy raro verlo tomando un café–. Pero en las clases se transformaba. Llegaba incluso a interpretar. Y casi hacía eso mismo en sus conferencias o en sus intervenciones en los Cursos de Profesorado. Una de las debilidades de Rubio era su afecto por los Catedráticos de Instituto. Precisamente aquí, en la Fundación Pastor, comentó en una conferencia un pasaje extenso y sintácticamente complejo desde el punto de vista del orden de las palabras. Rubio proyectó el texto latino diseccionado en distintos niveles con flechas y lo iba explicando con el punzón del profesor en esta pizarra. Para señalar algunos elementos de las frases que quedaban en la parte superior de la pizarra, se estiraba y tenía que alzar la voz. Fina, su queridísima Fina, su mujer, que le estaba escuchando aquí delante en la primera fila, me comentaba enfadada que no cuidaba nada su aspecto. Pero el auditorio estaba totalmente entregado a él. Muchos habían sido alumnos suyos. Y otros no, pero todo el mundo se daba cuenta de que Rubio sabía de verdad, y se presentaba llanamente, como él era, con un formato de catedrático muy poco convencional.

Fue amigo a ultranza de la claridad, de la sencillez vital y de la simplificación que exige la ciencia y la transmisión de la ciencia. Sabía más de lo que aparentaba. Y también es verdad que mandaba mucho más de lo que parecía –yo le pedí una vez la fórmula y me dijo que para mandar había que dejar hacer en muchas cosas y actuar sólo en muy poquitas–. Y es que Rubio tenía muy claro, en la investigación y en todos los órdenes de la vida, dónde estaba lo fundamental y dónde estaba lo accesorio, y no se entregaba por igual, ni mucho menos, a todas las batallas. Supo ser indiferente a algunas cosas. No exactamente a la política, pues muchas veces opinaba en una línea moderada; pero sí, a la burocracia. A Rubio ya le tocó aguantar a algunas autoridades académicas que pedían papeles y más papeles y más formularios y más programaciones por objetivos –hoy, por cierto, pasadas ya de moda– y memorias. Pero a Rubio nunca consiguieron amargarle la vida. Me acuerdo que una vez habían pedido del Rectorado o del Ministerio que se enviara una relación de los trabajos dirigidos. No se precisaba si eran los del último año o los de toda la vida. Rubio era uno de los Catedráticos que más Tesinas y más Tesis doctorales había dirigido –y atendía a los doctorandos con toda dedicación, como sé muy bien porque fue el director de mi tesis–. Y, naturalmente, no se complicó la vida. A los primeros que nos vio por allí nos preguntó si le podíamos apuntar en un papel el título exacto de nuestra Tesis y, por supuesto, la fecha precisa, el día y el mes. Y, cuando reunió dos o tres papeles, ya no quiso acumular más: los envió a quien se los había pedido, y siguió atendiendo a sus alumnos y a sus trabajos. No se enfadaba con los burócratas ni con nadie. Nunca le vimos

enfadado, ni siquiera con un cambio brusco de humor. Sencillamente procuraba conformarse y obedecía –pero poco–. Logró ser impasible ante la burocracia. Y esa capacidad de conformarse ante lo que no se podía cambiar le permitió sobrellevar las contrariedades de la vida caminando por encima de ellas, sobreponiéndose en el sentido etimológico.

La *Sintaxis* de Rubio tiene 40 años, y todavía no es un libro viejo. Creo que no me equivoco mucho si digo que es una obra que todos los profesores de Latín de España han leído, y que conocen, con distintos grados de profundidad, todos los licenciados en Filología Clásica de España y muchos del extranjero, porque es un libro claro, muy bien escrito y, sobre todo, porque es el producto de un pensamiento, de una teoría y de una ideología. Nunca publicó por publicar, ni le fue indiferente el método. Y la obra de Rubio, según él nos decía, procedía de preguntas de los alumnos o de la necesidad que él como lector había sentido de extraer las ideas principales de alguna investigación que él consideraba muy valiosa, pero que era excesivamente oscura –como a Rubio le parecía que era la bibliografía sobre los modos verbales–, excesivamente casuística –como le parecían las obras de *Sintaxis* tradicional– o excesivamente farragosa, como él consideraba que eran los estudios del orden de palabras de Marouzeau.

A medida que fue cumpliendo años fue acentuando muchas de estas tendencias suyas. Me confesó una vez que se preocupaba más por escribir libros cada vez más cortos, más claros y con menos erudición. Y cada vez les daba un título menos pretencioso, más modesto. Si su *Sintaxis* tenía el título de *Introducción a la Sintaxis Estructural...*, todavía, dejándose llevar por el camino llano de la humildad, en la reelaboración de 1995 la dejó reducida a cien páginas, menos de la mitad de las que tenían las primeras ediciones, y le dio el título de *Nueva Sintaxis Latina Simplificada*. Y en la misma línea está otra de sus obras didácticas, *Nociones básicas de gramática*, cuyo subtítulo es *El estudio de la gramática convertido en Juego de Mesa*. Son 53 páginas de gran lucidez dedicadas a una niña de trece años que había suspendido la asignatura de Lengua. No es un pretexto literario para presentar un libro de lengua española: la niña existe, y Rubio le había explicado gramática en Lopagán, en el verano del 93, cuando tenía 78 años y no estaba por la labor de dejarse reconvertir en un turista de la tercera edad.

A Rubio le acompañó durante toda su vida una gran inteligencia natural, que siempre fue visible porque no quedó enterrada por la erudición, un entusiasmo encauzado por muy pocas cosas de la vida, y una imperturbabilidad de sabio estoico que yo creo que se esforzó en alcanzar y que le permitió vivir en paz con todos y conservar, incluso durante muchos días de su última enfermedad, esa sonrisa espléndida y acogedora que tuvo siempre para todos.

Ana MOURE CASAS